

prisa y puede esperar los resultados». Una frase con la que termina el libro antes citado podría exponer la idea que tiene de sus congéneres terrícolas. Cuando los dos astronautas imagina-

rios regresan de la Luna, contemplan su mundo en torno y exclaman: «Las gentes de este planeta tienen el aspecto de locos. Regresemos rápidamente a la Luna».

## CUBA, AÑO DECIMO

Diez años de revolución cubana. Y frente a un año difícil, ha dicho Fidel Castro, seguramente el año más difícil de todos los vividos a lo largo de este hondo proceso de transformación. La revolución cubana ha sido siempre —¿exageraremos?— mal interpretada en Occidente. Se convirtió, desde un principio, en un tema romántico-sentimental al que acudieron con avidez las malas conciencias de un mundo que, entonces, parecía sin salida. Algo semejante ocurriría con la guerra del Vietnam, con la que el régimen de Fidel Castro se ha sentido siempre tan identificado.

La revolución cubana, a pocas millas de los Estados Unidos, ha podido sobrevivir a las peores dificultades: la invasión de Girón, tan rápida y unánimemente reprimida; el aventurismo de Kruschev cuando la crisis de octubre, la amenaza constante de los cañoneros norteamericanos, el bloque económico llevado a un grado increíble. Es —aquí está el peligro para los intereses norteamericanos en el hemisferio occidental— un modelo para otros pueblos. ¿Por qué? Más que nada por su especificidad. El socialismo cubano, que ha tenido sus teóricos en Guevara y Castro, se ha definido por su orientación autóctona y por sus bases teóricas independientes e integradoras. Frente al monolitismo de los bloques, a la congelación del socialismo en los países del bloque oriental, frente a la estrategia esclerotizada —«browderista»— de los partidos americanos —sin excluir el cubano, que no se sumó a la revolución hasta última hora—, la revolución que bajó de la sierra impuso con sus barbas desafiantes, con su indumenta-

ria modestamente castrense, con sus costumbres adquiridas al aire libre del trópico, con su alegría caribeña, unas condiciones originales, una evolución social —no hay que olvidarlo, los principales dirigentes procedían de la pequeña-burguesía— cerebralmente medida, esencialmente antidogmática —recuérdese la liquidación primera (y la última, bien reciente) del grupo de Amfibal Escalante y el proceso de Marcos Rodríguez— hacia una forma de socialismo, en la cual el factor moral se ha sumado al científico para lograr unos fines urgentes determinados por la constante amenaza exterior. La «ofensiva revolucionaria», lanzada este año que termina por Fidel Castro, reviste este carácter: todo un pueblo se ha movilizó para conseguir unos objetivos concretos que han de representar el éxito definitivo.

En definitiva, los hechos reales han superado el «romanticismo» que los europeos de la izquierda —frustrados una y otra vez— buscaban en la isla del Caribe. Una revolución, por específica, antidogmática y autóctona que sea, constituye una empresa dura e implacable. Muchos se niegan a entenderlo: son aquellos que vieron en Guevara al héroe por encima del gran político y estratega que era. Son los que admiran la elocuencia de Castro sin saber, o querer, penetrar en sus profundidades doctrinales. Son los que padecen miopía ante una isla lejana, cercada, desgarrada por su propia autotransformación, que ha convertido el trabajo en la razón fundamental para poder subsistir manteniendo a toda costa las perspectivas abiertas un primero de enero hace diez años. ■ E. G. R.

## EL AZUCAR Y LA REVOLUCION

Para Cuba, este primero de enero de 1969 no es un aniversario como los precedentes. Ya no es, como se le llamaba hasta ahora, el aniversario de la revolución, sino el décimo aniversario de la «rebelión». Fidel Castro lo ha explicado en varios de sus últimos discursos: «Hace diez años —decía en sustancia— no éramos todavía más que rebeldes. Y poco a poco —con nuestros errores— hemos sabido lo que es la revolución: no una explosión liberadora que colma de un golpe todos los deseos reprimidos hasta entonces, sino un trabajo tenaz para crear a la vez las bases materiales y los hombres de una sociedad liberada».

Esta redefinición permite prever que, después de 1968 —año de austeridad y de redoblados esfuerzos—, 1969 será, por lo menos, un año igual de duro. Puede ser, incluso, el más duro desde 1959, pues precede al año del gran salto adelante, en el curso del cual debe cuadruplicarse la producción de leche; el arroz, abundante; la reaparición del café y, sobre todo, que la producción de azúcar alcance los diez millones de toneladas.

Estos famosos diez millones de toneladas, que se vuelven a citar en cada discurso de Fidel Castro, ¿qué sentido tienen? ¿Se pueden conseguir? ¿Y por qué volver a dar tan masivamente la prioridad al azúcar después de haber proclamado hasta 1965 que

se imponía industrializar, diversificar la agricultura? Las respuestas a estas preguntas son, algunas veces, inesperadas.

Después de haber dado durante cinco años la prioridad a la industria y a la diversificación agrícola, los cubanos descubrieron que se metían en un callejón sin salida. El antiguo régimen y la dominación yanqui les había legado industrias ligeras, pero prácticamente ninguna industria de base. Desarrollar las industrias de transformación existentes obligaba a importar grandes cantidades de materias primas y de productos semielaborados y, por supuesto, el cemento, ladrillos y el yeso necesarios para las construcciones.

En 1964-65 representaban más de la mitad, en valor, del total de las importaciones cubanas. Siguiendo por este camino, ¿cómo se iban a pagar las cada vez más importantes importaciones? La orientación decidida en un momento en que el país no tenía todavía ni estadísticas, ni mapa geológico, ni censo de los recursos potenciales, era insostenible. Se imponía empezar a partir de nuevas bases; desarrollar primero las producciones que podían aumentar más rápidamente y, a medida que iban creciendo, invertir el excedente exportable en la construcción de una base industrial coherente.

De este modo, se volvió a dar la prio-

## DISCURSO DEL JEFE DEL ESTADO



A las diez de la noche del día 30, el Jefe del Estado dirigió a los españoles su tradicional discurso de fin de año, que versó, entre otros, de los siguientes temas: Crisis mundial: «Todas las ideas y todos los hechos están sometidos a revisión, análisis críticos y, en su caso, a nuevos planteamientos. No escapan a este revisionismo universal ni los sistemas educacionales, ni las ideas sociológicas, ni económicas o políticas, ni la misma aplicación de los principios éticos y religiosos, y no podemos extrañarnos que ante este horizonte cambiante se produzca entre los hombres un clima de miedo y desesperación». «El gran tema de la sociedad política actual es encontrar un instrumento de gobierno que conjugue armoniosamente autoridad y libertad, desarrollo y estabilidad...». La situación española: «El inmovilismo es inviable en nuestra época, aunque haya ocasiones en que se requiera prudencia, sin que esta prudencia sea contradictoria con las nuevas aceleraciones». El Plan de Desarrollo: «El desarrollo no puede ser obra exclusiva de unos gobernantes o de unos técnicos. Es una empresa nacional en la que todos tenemos nuestro puesto...». La Universidad: «Esas alteraciones en la Universidad han servido para despertar la conciencia y la responsabilidad en los medios docentes...». El Mediterráneo: «La tensión en el Mediterráneo constituye para nosotros un estado de cosas que, por afectarnos directamente, no puede ser contemplado sin inquietud...». «La voz de España debe ser escuchada...». Guinea: «Nuestro país ha alumbrado en 1968 un nuevo Estado independiente. La República de Guinea Ecuatorial se suma así a la gran familia de los pueblos hispánicos». Gibraltar: «El consenso internacional ha sido claramente expresado, una vez más, por las Naciones Unidas, que han emplazado a Gran

Bretaña para su solución».

riedad al azúcar (pero también al tabaco, al arroz, a la pesca marítima y a la ganadería). La caña de azúcar era lo que los cubanos sabían hacer mejor y más rápido. Iban casi a triplicar la producción, que había descendido en 1963 a 3,8 millones de toneladas. Perplejidad de numerosos economistas europeos: ¿de dónde se iban a tomar las superficies agrícolas necesarias? ¿De dónde se iba a sacar la mano de obra? Respuesta de los dirigentes cubanos: hasta ahora, la caña no se seleccionaba, no se utilizaban abonos, no se regaba, los rendimientos eran muy bajos. En la actualidad se están construyendo las fábricas de abonos; han aparecido pantanos que permitirán regar, en 1969, 335.000 hectáreas de caña. Más de 400.000 hectáreas han sido plantadas de nuevo durante el año pasado con brotes seleccionados, de los que se espera un rendimiento de 85 toneladas por hectárea en lugar de las actuales de 45 toneladas. En cuanto a la mano de obra, ésta será progresivamente sustituida por 5.000 cosechadores, de concepción cubana, cuyos prototipos están terminando ahora sus primeras pruebas. Admitámoslo. Pero, ¿qué se hará de los diez millones de toneladas de azúcar? Los soviéticos, que compran la mitad, revenden ya subrepticia-

mente que no saben cómo emplear. ¿China? Comparará un millón de toneladas en 1969 al mismo precio que la Unión Soviética. Se podrán vender dos millones de toneladas en Europa y Asia. ¿Para qué servirá el resto? ¿Para hundir las cotizaciones mundiales con la esperanza de que un enorme «crack» azucarero provoque una serie de rebellones en los campos brasileños y argentinos?

Esta posibilidad ya fue evocada por algunos dirigentes cubanos. Pero dicha posibilidad constituye un arma que Cuba tiene en reserva, no se trata de un objetivo. El verdadero destino del excedente de azúcar es de lo más inesperado: la alimentación del ganado. Trabajos llevados a cabo en Cuba por investigadores británicos presentan, efectivamente, excelentes resultados, añadiendo hasta un 40 por ciento de melaza o de jugo de caña a los tradicionales forrajes. ¿Despilfarró? En absoluto: una hectárea de caña de 18 toneladas de melaza completa por cosecha y una cosecha cada nueve meses. Ningún cultivo forrajero tradicional tiene un rendimiento tan elevado. Es más, la melaza se puede transformar industrialmente, después de una siembra bacteriana, en un sobrealimento que contiene el 50 por ciento de proteínas.

La clave del misterio de los diez millones de toneladas de azúcar es

## art buchwald

### «MUERDASE LA LENGUA»

WASHINGTON.—En 1968 se dijeron muchas cosas por las que hoy están pesados los que las dijeron. Pero ya es tarde para desdecirse. ¿No está contento usted, lector, de no haber sido quien le dijo al presidente De Gaulle en mayo: "Monsieur le president: los estudiantes se han rebelado en Nanterre, pero en veinticuatro horas les tendremos controlados"; o el que dijo al alcalde John Lindsay, de Nueva York: "Mire, alcalde, ¿qué le parece si iniciáramos un programa experimental para el control local de las escuelas en el barrio de Ocean Hill, en Brooklyn? Una vez en marcha, el sindicato de maestros tendrá que apoyarnos?"

O el cardenal que le dijo a Jacqueline Kennedy: "Jackie, cácese con quien quiera que yo le arreglaré el asunto con el Vaticano".

O el consejero que recomendó a Nixon: "Si usted quiere un candidato a vicepresidente que no origine controversias, seleccione al gobernador Spiro Agnew".

O el amigo que le dijo a Rockefeller en primavera: "Si usted no participa en las elecciones primarias, tendrán que designarlo candidato presidencial republicano en la convención de Miami porque, ¿a qué otro podrían designar?"

O el consejero que le dijo a Humphrey: "Señor vicepresidente: el alcalde Daley desea que usted sepa que todo está perfectamente controlado en Chicago, y la convención demócrata será la mejor de las celebradas en nuestra ciudad".

O el que dijo a Pablo VI: "Si Su Santidad se declara contra el control de natalidad, no habrá un solo sacerdote que no le apoye".

O el hombre que le dijo al embajador en París, Sargent Schriver: "Una vez que se publique la versión de que usted será el embajador en las Naciones Unidas, Nixon tendrá que nombrarlo".

O el amigo de George Wallace que aconsejó a éste: "Si usted quiere un candidato a vicepresidente que realmente atraiga al pueblo norteamericano, no lo dude: el general Curtis LeMay".

Y no olvidemos al individuo que dijo al que iba a ser secretario del Tesoro, David Kennedy: "Si los periodistas le preguntan cuál deberá ser el precio del oro en los próximos cuatro años, dígalos exactamente lo que piensa".

Ni al funcionario del Departamento de Estado que le dijo a Dean Rusk: "Le aseguro, señor secretario, que si suspendemos los ataques aéreos contra Vietnam del Norte, Saigón se sentirá muy feliz de participar en las conversaciones de París".

Ni el que dijo a Walt Rostow: "Si usted quiere volver a su carrera de profesor, ¿por qué no pide que le reserven un cargo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts?"

Ni al consejero económico del canciller alemán Kiesinger, quien dijo a éste: "Apostaría todo, mi vida, a que De Gaulle se verá obligado a devaluar el franco".

O el almirante que dijo: "El barco PUEBLO no necesita escolta en aguas de Corea del Norte. Los coreanos no se atreverán a tocarlo".

Y, finalmente, el hombre en la Casa Blanca que dijo a Johnson: "Señor presidente, ¿quiere oír algo gracioso?: Gene McCarthy ha ido a New Hampshire para participar en las elecciones primarias contra usted".

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc., New York-Agencia Zardoya.)

ésa. Las actuales dificultades de Cuba provienen principalmente del hecho de que varias importantes inversiones no empezarán a dar sus frutos más que a partir de 1970: el plan ganadero, que se basa sobre la renovación genética del ganado en arriando, sólo permitirá aumentar fuertemente los sacrificios a partir de 1970. Para el plan lechero fue preciso crear una nueva raza vacuna (Zebu-Holstein), que en la actualidad se encuentra en la

fase de becerras; respecto al plan arrocero, ha habido que preparar 230.000 hectáreas de tierras de regadío y producir las semillas. A esto hay que añadir el plan tabaquero, el plan forrajero, sobre cientos de miles de hectáreas apenas desbrozadas, el plan cafetero (se requieren tres años antes de que los cafetales empiecen a producir) y los planes de formación de los técnicos necesarios, clave de todo el edificio. ■ M. B.

## MARY BELL, EN EL PAIS DE LAS MISERIAS

### A los once años, dos asesinatos



PARA EL FISCAL, LA PEQUEÑA ESTRANGULADORA NO ERA UNA ENFERMA: ERA UN SER DEMONIACO.

En el banquillo de los acusados del Tribunal de Newcastle-upon-Tyne, la pequeña Mary Flora Bell escucha la sentencia del juez, que la condena a cadena perpetua. Mary Flora tiene once años. Ha estrangulado a dos niños de tres y cuatro años. Tiene grandes ojos negros, atentos e inocentes. A cada audiencia acudía de la mano de un policia. Escuchaba con mucha atención los debates, y de vez en cuando se volvía sonriente a su madre y a su abuela, que estaban tras ella. Al oír la sentencia, Mary se echó a llorar: no comprendía. Frente a ella, su enemigo, el abogado de la corona mister Rudolph Lyons. Para él, Mary no es una pequeña criatura, es una pequeña bruja.

Mister Lyons es un hombrecillo rechoncho, con gafas. Representa a la Gran Bretaña provinciana. A su juicio, el mal no es una enfermedad, es un pecado. El salario del pecado es el máximo. Afortunadamente para la pequeña Mary, hay algo más que la Gran Bretaña provinciana. Por encima de ella está Londres. Y en Londres no se quema a las brujitas, se es sensible a la opinión pública, no se deshonra a una muchachita encerrándola de por vida. La Gran Bretaña provinciana, apaciguada por la severidad, lo absurdo de la sentencia, puede dedicarse a las cosas serias. El «Home Secretary», James Callaghan, hará transferir a Mary al centro de reeducación de Cumberlow Lodge, cerca de Londres, y dará a los parlamentarios laboristas la seguridad de que será atendida. Para Gran Bretaña, el mal, en una chiquilla de once años, es una enfermedad.

Encerrada ahora, lo ha estado, en realidad, desde su nacimiento. Para empezar, en Newcastle-upon-Tyne, una antigua ciudad minera convertida a la siderurgia y a las construcciones mecánicas. Una ciudad negra, en el Norte de Inglaterra, limitando con Escocia, aplastada aún bajo el horror de la revolución industrial inglesa. Humo, lluvia, niebla. Ladrillo negro. Alojamientos de ladrillo negro. Fábricas de ladrillo negro.

Los habitantes de Newcastle son silenciosos y duros. «Toman la brutalidad por virtud», ha dicho un periodista inglés. Son pobres y tristes. En el interior de Newcastle, la pequeña Mary está una vez más encerrada en Scotswood, el suburbio de mala fama de los parados, de los desasistidos. Las autoridades municipales admiten que allí vive «mala gente», que sería «imposible» integrarla en «barrios decentes»: «Se niegan a ser mejores», aseguran los responsables municipales.

Dentro de Scotswood, Mary se encuentra cercada por otro universo más restringido: su calle y su familia. El infierno de Dickens sigue existiendo. La familia de Mary es de esa «mala gente», según el parecer municipal. Su padre no trabaja; fue más o menos atendido por enfermedad mental. No suele parar en casa, está casi siempre con su amante. La madre de Mary es una mujer colérica, temida. Trabaja irregularmente, lejos de Newcastle. La mayor parte del tiempo vive con el hermano de su marido.

Este es el mundo de Mary Bell. Le queda poco espacio para vivir, pero le basta para defenderse, para crear su reino. Hay descampados en Scotswood.